

Publicado por Chapel Library • 2603 West Wright St. • Pensacola, Florida 32505 USA

Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo.

In Norteamérica: Los materiales son enviados en pequeñas cantidades a individuos con el franqueo pagado y sin cargo alguno..

Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica.

No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

© Copyright 2001 Chapel Library; Pensacola, Florida.

“GRASOSO” EL LADRÓN

Charles Lukesh

Una historia del poder del evangelio

El sobrenombre de “Grasoso” le fue dado a Pablo cuando tenía ocho años por circunstancias especiales que mencionaremos más adelante. Su apellido era Tichomirov. Era el hijo de un granjero de una de las aldeas más pobres en el estado de Mogilev. La familia consistía del padre, la madre y dos hijos: Shura o Alejandra, de diez años, y Pasha o Pablo de ocho. Vivían en paz, practicaban la religión ortodoxa y disfrutaban del respeto no sólo de los habitantes de su aldea, sino también de todos los habitantes del distrito.

En los feriados religiosos, el sacerdote ortodoxo acostumbraba visitarlos para jugar a las cartas con el padre — no por dinero, sino solamente para pasar el tiempo. Algunas veces jugaban a “Dulatchki”, juego en el cual al perdedor se le aventaba todo el mazo de cartas a la nariz. Si alguno de los jugadores tenía dinero, mandaba a los niños a comprar algo de vino que los ponía “alegres”. El sacerdote, al que llamaban “Batushka” (padrecito), decía:

—No es pecado beber con moderación. Hasta al Señor Jesús le gustaba estar alegre, y en las bodas de Caná transformó el agua en vino.

A los niños les encantaba observarlos, y notaban con especial interés cómo la nariz del sacerdote se ponía cada vez más roja. No sabían si era por el vino o por los golpes de los naipes en la nariz, que con buen puntería le tiraba el padre de los niños, quien usualmente ganaba. El buen sacerdote solía decir con voz ronca:

—Aquel que persevere hasta el fin será salvo, yo tendré mi oportunidad, mis queridos, y ya verán, porque escrito está: “No debaís a nadie nada. Y con la medida con que medís, os volverán a medir.”

Esta vida divertida llegó a un final abrupto. Varias temporadas de malas cosechas se sucedieron unas a otras por lo cual los granjeros decidieron emigrar a Siberia. Se juntaban en grupos para hablar de la situación, y empezaron a enviar mensajeros para encontrar lotes de tierra apropiados en uno de los distritos de Siberia. Tichomirov estaba entre los buscadores de tierra porque era un hombre inteligente y de experiencia. Después de tres meses regresaron los mensajeros; habían encontrado tierras en el estado de Tomsk. Tan pronto como vendieron sus propiedades, los granjeros emprendieron camino rumbo a Tomsk. Era el año 1897.

Durante el viaje, los trenes iban despacio, y tenían que hacer escala en los cruces de Samara, Tcheljabinsk y Omsk. Los granjeros tenían que esperar semanas para cambiar de trenes y seguir su viaje, y tenían que esperar días y noches en las pequeñas estaciones de ferrocarril, tendidos en el suelo. El agua hervida no alcanzaba para todos, y

la gente no tenía suficiente dinero para pagar la comida caliente de los restaurantes. Por lo tanto, esta gente pobre y humilde se tenía que conformar con pescado seco y agua sin hervir. Como resultado, muchos se enfermaron del estómago, y sufrieron un brote de cólera. Las personas de más edad fueron las peores víctimas de la enfermedad.

En el último tramo del viaje, antes de llegar a Tomsk, el señor Tichomirov cayó enfermo. Todo indicaba que tenía cólera. Ante el horror de su esposa y sus hijos, fue bajado del tren y puesto en una de las barracas para los afectados por enfermedades infecciosas. Por supuesto, su esposa e hijos también se bajaron del tren. Encontraron refugio no lejos de las barracas, detrás de las paredes formadas por la nieve a lo largo de las vías del ferrocarril. Todos los días preguntaban por la condición de su padre, pero la información que recibían era cada vez más triste.

Después de tres días, llena de tristeza, la madre les dijo a sus hijos que ella también estaba enferma. Fue una escena desgarradora ver a la madre separarse de sus hijos y ser llevada en camilla. En ella, los niños perdían su único apoyo. Con el corazón triste, la madre se alejó de sus hijos, presintiendo que nunca los volvería a ver. Lo más triste para ella era que sus hijos quedarían huérfanos en una tierra extraña.

Mientras la madre era llevada en camilla hacia las barracas, los niños iban llorando detrás de los camilleros hasta que la pesada puerta de las barracas se cerró dejándolos afuera. Qué solos y tristes se sentían Shura y Pasha. Lloraban, rondando alrededor de las barracas como si estuvieran fuera de sí, unas veces clamando por su padre, otras por su madre. La única respuesta que recibían era la del guardia quien los amenazaba a gritos con darles una paliza si no dejaban de llorar y de pedir que los dejara entrar. Ellos querían morir con sus padres porque sabían que no podían sobrevivir sin ellos. Así que sólo dejaron de correr alrededor de las barracas ya muy entrada la noche, cuando el frío les hizo recordar sus ropas abrigadas que habían dejado detrás de las paredes de nieve. Sin embargo, cuando llegaron al lugar donde habían estado con su madre, ya no encontraron ninguna de sus pertenencias. Aparentemente, alguien se había llevado las poquitas cosas que les quedaban.

Arrastrándose detrás de las paredes de nieve, los niños se acurrucaron juntos para mantenerse calentitos. Shura, siendo la mayor, estaba muy preocupada por su hermanito. Durante la noche, que le pareció una eternidad, no cerró los ojos. Tan pronto como Pasha despertó volvieron a las barracas. El primer guardia que se encontraron les dijo:

—No vengan más. Esta mañana nos llevamos el cuerpo de su padre, y lo más probable es que su madre muera hoy.

Fue imposible convencer a los niños de que se alejaran de las barracas. Una y otra vez se acercaban a las ventanas y llamaban a su madre. ¿Sería la cariñosa voz de su madre silenciada para siempre? ¿Y sería sólo un cuerpo frío antes de mañana? Así fue, al anochecer les dijeron que su madre había muerto hacía una hora. Abrazándose, los niños se sentaron detrás de las paredes de nieve y lloraron amargamente. Esa noche ni Pasha pudo dormir; con la espalda apoyada contra la pared de nieve, se quedó viendo las vías del tren que desaparecían en la distancia. Pasaban por su mente de niño los acontecimientos terribles de los últimos días. Cuando finalmente vio acercarse un tren, le dijo a su hermana:

—Shura, yo ya no quiero seguir viviendo sin papá y mamá. Ven, pongámonos en las vías para que nos arrolle el tren. ¿Para qué queremos vivir ahora? ¿A dónde iremos, a quién le haremos falta?

Con estas palabras, Pasha tomó a su hermana de la mano y la arrastró hasta las vías.

Shura, aterrorizada, tomó a su hermanito en sus brazos, y entre sollozos le dijo:

—¡No, por nada del mundo me arrojaré contigo a las vías al paso del tren, y tampoco te dejaré hacerlo a ti! ¡Qué horror! ¡Esto es terrible!

—¡Déjame ir; me voy solo! —lloraba el niño.

Mientras hablaba, el tren acabó de pasar. Pablo se tiró al suelo y empezó a quejarse amargamente:

—¿Por qué me detuviste? Yo ya no quiero vivir.

Susha le empezó a hablar suavemente para persuadirlo de que dejara esos horribles pensamientos. Y después de un largo rato, una vez que Pasha se había calmado, éste prometió no volver a hablar de la muerte y a no dejarla jamás sola.

Después, los niños se acurrucaron en su refugio esperando el amanecer, decididos a ver la tumba de sus padres por la mañana. Hambrientos y ateridos de frío, la noche les pareció interminable. Finalmente, al amanecer, se apresuraron al cementerio, al sector cerrado donde enterraban a los que morían de enfermedades infecciosas. En la entrada, le pidieron al sepulturero que los dejara entrar y que les enseñara la tumba de sus padres. Pero el hombre les contestó con aspereza:

—¿Cuántos muertos creen que se enterraron anoche? ¿Ustedes creen que yo puedo saber quién está enterrado aquí? Además, usualmente se echan diez cuerpos en una sola fosa, y algunas veces hasta veinte.

Con sus ojitos rojos de tanto llorar y sin poder lograr nada, los niños miraban a través de la verja los montículos de arcilla húmeda que marcaban las tumbas. Por un largo rato se quedaron allí llorando y mirando las tumbas hasta que los corrió el sepulturero. Tomados de la mano y oprimidos por la tristeza, regresaron a la pared de nieve, testigo de sus experiencias crueles de los últimos cinco días, incluyendo la partida de su querida madre. Este lugar se convirtió en el segundo hogar de los huerfanitos. Bajo la protección de esta pared, empezaron a pensar qué harían ahora.

El solo pensar que los pusieran en las barracas para huérfanos era terrible, aunque sabían que esa era su salvación para no morir de hambre, el cual era cada vez más intenso. Su poca comida, al igual que su dinero, habían desaparecido junto con sus pertenencias.

El terror dominaba a los solitarios, hambrientos y ateridos niños. A pesar de que las alondras cantaban alegres sus trinos primaverales y los rayos del sol iluminaban todo alrededor, para los huérfanos ésta era una noche oscura. Su dolor los hacía estar más unidos. Shura trataba de ser una madre para su hermano. Lo besaba y procuraba confortarlo con las siguientes pala-bras:

—No nos desesperemos, hermano: Dios no nos abandonará.

Apenas habían empezado los niños a caminar por las vías del tren hacia la siguiente aldea para mendigar un poco de pan cuando escucharon sobre ellos una voz áspera que decía:

—¿Qué andan haciendo por aquí? ¿De quién son ustedes?

Un desconocido uniformado apareció delante de ellos. Estaban tan confusos que no alcanzaban a decir que eran los hijos de inmigrantes y que acababan de perder a sus padres. El extraño les ordenó que lo siguieran y los llevó a la oficina de distribución. Allí se decidió enseguida que se les mandaría a las barracas para huérfanos, justamente donde no querían ir porque eso significaba tener que separarse. Las barracas de las niñas estaban a varias estaciones de ferrocarril de distancia. Sin prestar atención al llanto y a las peticiones de los niños, los oficiales se llevaron a Pasha a las barracas de los varones, a dos millas de distancia. Shura fue enviada por tren a la casa para niñas. Es imposible describir la tristeza de los niños al separarse, porque estaban perdiendo el último ser querido que les quedaba en la tierra.

Pasha fue llevado a las barracas donde ya había trescientos varones. Muchos de ellos, que habían vivido allí por mucho tiempo, se habían hecho muy pendencieros porque ya se habían acostumbrado al ambiente. El recién llegado fue recibido por los otros con empujones y bromas pesadas. A la semana a Pasha lo dominaba un solo pensamiento: escaparse de las barracas.

Todo el ambiente: la indiferencia hacia las necesidades de los niños, los malos modos de los internos, los continuos pleitos y peleas, así como la sopa de pescado seco a la hora de comer, se habían hecho intolerables para Pasha. El niño esperaba el momento oportuno para escaparse.

Les estaba prohibido a los niños abandonar las barracas sin compañía, pero Pasha no se quedó esperando. Salió en la oscuridad, escaló un lugar bajo de la verja de tablas, brincó y corrió en dirección opuesta al ferrocarril como si lo estuvieran persiguiendo. Como a unas cuatro millas de las barracas había un gran bosque. Cuando Pasha llegó allí se calmó, ya no corrió más, pero siguió caminando, tratando de no alejarse muchos de los linderos del bosque, pero sí tratando de alejarse lo más posible de las barracas. Pasha caminó hasta que lo venció el cansancio; entonces se recostó debajo de un árbol y se quedó profundamente dormido. Soñó que lo habían alcanzado y que lo llevaban de regreso a las barracas donde le daban una paliza y le seguían dando a fuerzas la horrible sopa de pescado seco.

Ya brillaba el tibio sol de primavera cuando despertó el pequeño fugitivo. El canto de los pájaros casi lo dejó sordo. Parecía que los cantores emplumados querían presumir sus cantos ante el intruso a sus grandes dominios. Pasha se levantó y se preguntó qué hacer. ¡Decidió regresar a su aldea de Sosnovka! Se acordó del pequeño pero hermoso río donde él y sus amigos solían pescar. Le hubiera gustado mucho ver a su querida hermana antes de partir. Pero, ¿dónde y cómo podría encontrarla? Además, le aterrorizaba pensar que podría ser encontrado y regresado a las barracas. Por lo tanto, decidió partir y alejarse lo más pronto posible de aquel odiado lugar. Más adelante preguntaría más particularmente cómo llegar a su aldea.

Con excepción de una aldea donde pidió pan, evitó los pueblos todo el día. A la noche, se internó más adentro en el bosque para pasar la noche. Se acostó debajo de un enorme árbol y pronto se quedó dormido. Antes del amanecer lo despertó una cachetada, y alguien le habló con una voz fuerte.

—¡Oye! ¡Levántate, chiquillo! ¿Por qué estás allí tirado? ¿Con quién andas?

Cuando Pasha se levantó, se encontró ante tres hombres armados de pies a cabeza. ¡Sintió mucho miedo!

—No temas, no te vamos a lastimar. Dinos, ¿cómo es que llegaste aquí?

Cuando Pasha vio que los hombres no eran de las barracas, les contó con soltura todo lo que había pasado y a dónde quería ir. Los hombres le escucharon atentamente. El muchacho listo y atrevido les había caído bien. Después de una breve consulta entre ellos, decidieron llevárselo.

—Para que no perezca, —dijeron—. Este muchachito aún puede llegar a ser alguien. ¡No tuvo miedo de huir del orfanato, y ahora quiere emprender solito el largo viaje a su pueblo! Tenemos que criarlo a nuestra manera.

Los hombres le comunicaron su decisión al niño. A la vez que exaltaban su manera de vivir le prometían que, con ellos, le iría muy bien. Pasha no se atrevió a contradecirlos porque les temía. Se fue con ellos internándose en el bosque donde, en un claro, estaba un hombre joven y fuerte esperándolos con caballos. El hombre tomó a Pasha de los brazos, lo sentó delante de él sobre el caballo y se alejaron a galope. Después de cabalgar por mucho rato en el bosque por sendas llenas de curvas, al fin se detuvieron. Los caballos fueron retirados mientras los hombres, arrastrando a Pasha tras ellos, gatearon para pasar por una abertura bajo unos árboles que habían sido tumbados por alguna tormenta. Después de caminar unos minutos entre la espesura, llegaron a un claro donde se hallaban unas veinte personas, la mayoría armada, incluyendo algunas mujeres. Las miradas de todos se fijaron en el niño que había sido traído sucio y harapiento como estaba. Le hicieron muchas preguntas, querían saber quién era y de dónde procedía. Uno de los hombres, aparentemente el líder de la banda, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Pasha, Pablo, —le contestó el niño con voz firme.

—¿Y tu apellido?

—Tichomirov (que quiere decir “paz en quietud”).

—Ese tipo de nombre no queda bien entre nosotros; de aquí en adelante serás llamado “Grasoso” porque estás tan sucio y grasoso.

De ahí en adelante el niño no conoció otro nombre más que Grasoso; el nombre nuevo les gustó mucho a todos.

Fue entonces que Pasha se dio cuenta de que había caído en una banda de ladrones. Poco a poco se familiarizó con su nueva vida y, con el tiempo, hasta le llegó a gustar. La libertad sin pendiente, la buena comida, el buen humor y entusiasmo, encariñó a Pasha con aquella gente, y dejó de pensar en Sosnovka. Solamente a Shura, su hermana, no pudo olvidar; el recuerdo de ella lo entristecía muy a menudo, porque pensaba que ya habría muerto.

El pequeño “Grasoso” pronto llegó a ser la mascota de todos los ladrones, y les servía de pasatiempo. A él le fascinaban las aventuras de ellos, y los esperaba siempre con impaciencia para ver qué traían de botín. Día tras día se fue acostumbrando a su vida nueva, y pronto olvidó lo que una vez sus padres le enseñaran acerca de que robar era pecado. Le gustaba inspeccionar los artículos robados y escuchar las anécdotas de los ladrones al regresar de su “trabajo”, como gustaban llamar a su perversa ocupación. Para cuando habían pasado ocho años el Grasoso, ya de dieciséis años, participaba activamente en los robos y saqueos de la banda. Por su astucia, su valentía y su habilidad, pronto llegó a ser el ayudante del cabecilla de los pillos. Aterrorizaban a los habitantes que vivían hasta a una distancia de setenta y cinco millas. La espesura del bosque hacía posible que los ladrones llevaran a cabo sus fechorías sin que se les molestara. Parecía que nadie los podía encontrar y frenar sus actividades. Robaban a todo el que caía en sus manos y hasta cometían homicidios.

Pero todo tiene su tiempo. Algo, muy sencillo por cierto, produjo un cambio absoluto en la vida de los rateros. Una parte de la banda, con el Grasoso como su jefe, asaltaron a dos hombres que pasaban por el bosque. Les robaron y luego los mataron. Se llevaron sus caballos, las ropas y las botas para su propio uso, además de tres rublos y cincuenta Kopeken (monedas).

En uno de los costales robados, con toda clase de utensilios, los ladrones hallaron dos libros. Se aprestaban a descartar los libros cuando de repente pensaron que sería mejor llevárselos a fin de usarlos como papel para enrollar cigarrillos. Fue así que Grasoso echó los libros con las cosas de él. Por la noche, después de darle otro vistazo a las cosas robadas ese día, sacó los libros y los empezó a hojear. Uno de los libros tenía un título desconocido para él: La voz de la fe; el otro era un Nuevo Testamento. De este último libro tenía un vago recuerdo de su infancia, sus padres también habían tenido un Nuevo Testamento en Sosnovka.

Acostado en su cucheta, para pasar el tiempo empezó a leer las páginas donde por casualidad había abierto el libro. Allí leyó: “No hay quien busque a Dios... Sepulcro abierto es su garganta; con sus lenguas tratan

engañosamente; veneno de áspides está debajo de sus labios; cuya boca está llena de maledicencia y de amargura; sus pies son ligeros a derramar sangre; quebrantamiento y desventura hay en sus caminos; y camino de paz no conocieron: No hay temor de Dios delante de sus ojos” (Rom. 3:11, 13-18).

Pensó: “En aquel entonces también había gente como nosotros, ‘Sus pies... se apresuran para derramar la sangre’.” Le vino a la mente el cuadro de cómo ellos, los ladrones en sus veloces caballos habían perseguido a los viajeros que trataban de huir, y cómo, a pesar de que rogaban por sus vidas, los habían matado sin piedad. Recordando esto, reflexionó también: “¿Quiénes habrán sido esas gentes? ¿Por qué tendrían este libro con ellos?”.

Empezó a hojear el Nuevo Testamento con la esperanza de hallar alguna información acerca de los asesinados, pero no encontró nada que le diera una pista de quiénes eran. Encontró sólo la siguiente inscripción en la primera página: “15 de mayo de 1898, día de mi conversión al Señor. En este día él perdonó mis pecados, y me lavó con su sangre bendita.”

El Grasoso no entendía el significado de estas palabras y, hojeando otras páginas más, siguió leyendo: “¿No sabéis que los injustos no poseerán el reino de Dios?” (1 Cor. 6:9).

Pasó a leer las varias abominaciones que siguen. Y luego leyó las palabras de resumen: “Y esto erais algunos: mas ya sois lavados, mas ya sois santificados, mas ya sois justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Cor. 6:11).

Después, el Grasoso leyó la oración del hombre que dijo: “ He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, lo vuelvo con el cuatro tanto” (Luc. 19:8). Dio vuelta unas cuantas hojas y se sintió fuertemente impactado al leer Lucas 23 donde se describe la crucifixión de Jesús. Le fue de interés especial el hecho de que dos homicidas fueran crucificados con el Cristo y que uno fuera perdonado por Jesús con la promesa de que entraría en el paraíso.

El Grasoso cerró el libro, y lo puso debajo de su almohada. Se envolvió en sus cobijas y trató de dormirse, pero sin resultado. Su corazón estaba muy perturbado; todos sus esfuerzos por dejar los pensamientos que se agolpaban en su mente fueron inútiles. El recuerdo de aquellos dos viajeros arrodillados rogando por sus vidas no lo dejaba tranquilo.

No fue hasta la mañana que al fin Grasoso quedó profundamente dormido, pero despertó con renovada inquietud. Sus camaradas notaron la extraña expresión de su rostro, pero no sabían a qué se debía. Unos pensaron que estaría enfermo. Por algunos días anduvo como aturdido, y nadie le podía sacar lo que realmente le sucedía. Sus compañeros no cesaban de tratar de encontrar la causa de su tristeza hasta que al fin les contó a algunos que no podía estar en paz desde que había leído algo en el libro que habían tomado de los hombres que habían matado. Ante esta declaración, todos se sintieron muy extraños. ¿Qué clase de libro podría ser el que produjo tan triste transformación en su jovial camarada?

La banda de ladrones le exigió que este libro de brujerías les fuera entregado y quemado. Pero otros, por curiosidad, pidieron que les diera el libro para investigarlo. Al fin decidieron que el libro fuera leído a toda la banda. El Grasoso les leyó las partes que tanto lo habían conmovido. Las escucharon con tensa atención. Desde el principio, un ladrón joven dijo muy decididamente que el libro era el Nuevo Testamento, y que él antes lo había conocido.

—Mi madre era creyente, —dijo él—, y siempre leía los Evangelios. Ella me llevaba muy seguido a las reuniones de los niños donde leíamos de este libro y cantábamos y orábamos.

Por largo rato los hombres escucharon la lectura del libro, y luego partieron en silencio, la mayoría de ellos deprimidos. Ninguno de ellos podía entender por qué la lectura del libro les había causado una impresión tan fuerte. Desde ese día en adelante, los ladrones se reunían de vez en cuando para leer el Nuevo Testamento. Su efecto era tan poderoso sobre ellos que no podían escapar de su influencia.

Así pasó todo un mes. Luego el joven ladrón cuya madre había sido creyente, les declaró a sus camaradas que él ya no podía seguir su vida criminal. El Grasoso lo siguió. (Los otros ladrones ya habían notado que ambos jóvenes oraban con ojos llenos de lágrimas.) Con el tiempo, aun el mismo jefe de la banda de ladrones siguió el ejemplo de los dos jóvenes.

Luego surgió la pregunta: “¿Qué hacemos ahora?” y “¿Cómo empezamos una vida nueva?” Primero, se dieron cuenta de que tenían que entregarse a las autoridades. Como les era imposible reembolsar a aquellos que habían dañado, les quedaba sólo un recurso: entregarse. Aunque la mayoría no coincidía con este plan, el ladrón joven que

había sido el primero en comenzar una vida nueva, el Grasoso y otros cinco, decidieron reconocer su culpabilidad ante representantes de la ley.

Llegó el día de la separación, y la despedida fue conmovedora. Los camaradas le pidieron a Grasoso que les leyera una vez más el Nuevo Testamento. Lo abrió en el lugar donde se describe el encuentro de Jesús con los endemoniados y el poder del Maestro es demostrado con la curación de ellos y su subsecuente lealtad a él.

—Así fue también con nosotros, —agregó Grasoso—. Estamos a punto de dejar nuestra vida pecaminosa. ¡Dejemos de hacer maldades, y sigamos a Cristo!

Después de decir estas palabras, Grasoso cayó de rodillas y confesó en voz alta sus fechorías. Otros siguieron su ejemplo. Entre el llanto y los suspiros de todos, se podían distinguir sólo palabras deshilvanadas:

—¡Perdóname!... ¡Dame poder!... No recuerdes mis... ¡Te prometo...!

Despidiéndose de los demás con un beso, los siete ladrones, sus armas en sus manos, partieron hacia el pueblo más cercano mientras los demás desaparecían en otras direcciones.

Con paso firme y decidido, Grasoso y sus camaradas entraron en el pueblo. Inmediatamente atrajeron la atención de los habitantes. ¿De dónde vendría este grupo de hombres vestidos tan raros y armados? En la esquina de una de las calles principales, le preguntaron a un policía dónde vivía el procurador del tribunal de justicia del distrito. El policía señaló una casona de dos pisos en esa misma calle, y a ella se dirigieron los ladrones. Previamente se habían puesto de acuerdo que Grasoso, el más inteligente, presentaría su caso ante el procurador.

Los ladrones entraron a un cuarto grande y soleado con piso de madera, en el cual ya se habían congregado unas veinte personas que esperaban ver al procurador. En la puerta de la oficina estaba el auxiliar del tribunal. Grasoso se dirigió a él con estas palabras:

—Por favor, dígame al procurador que tenemos que hablar con él sin demora.

El empleado miró al grupo de hombres con desconfianza, y preguntó:

—¿Qué caso tienen ustedes que presentar?

—Es algo muy importante, —contestó Grasoso.

El empleado desapareció detrás de la puerta. A los pocos minutos los ladrones ya se encontraban ante un hombre distinguido y de edad ya avanzada, quien parecía algo alterado por la inesperada aparición de siete hombres armados. Los ladrones, aunque antes de salir del bosque habían determinado tomar el paso insólito de confesar voluntariamente su delitos, se sentían también muy inquietos al encontrarse cara a cara ante el representante de la ley.

—Permítanos explicarle quiénes somos y por qué hemos venido, —empezó Grasoso con voz trémula—. Somos ladrones, pero no nos tenga miedo; hemos venido a confesarle toda nuestra culpabilidad y a aceptar las consecuencias. Hemos comprendido las grandes maldades que hemos cometido, y ahora estamos aquí para sufrir el castigo que dicta la ley por el delito de robar. Haga con nosotros conforme a lo que demanda la justicia. Aquí están nuestras armas, tómelas.

Con estas palabras, el Grasoso y sus compañeros pusieron inmediatamente sus armas en un montón en el suelo.

El procurador estaba perplejo, y le fue imposible no demostrarlo. Era la primera vez en su vida que era testigo de la confesión de un grupo entero de delincuentes que se entregaba voluntariamente a los representantes de la ley. Después de un rato llamó a la policía, y en unos minutos apareció un pequeño grupo de soldados con armas, encabezado por un capitán de policía. Se tomó la información necesaria del caso, la cual fue entregada al departamento de investigación. Grasoso, al ser interrogado, narró la historia de su vida en términos generales explicando la razón por la cual él y sus compañeros se habían propuesto dejar la vida de ladrones en el bosque. El procurador y todos los presentes se mostraron visiblemente conmovidos y sólo con gran esfuerzo pudieron contener sus lágrimas. Les resultaba difícil creer que el cambio tan drástico de estos ladrones se debiera exclusivamente a su conocimiento del evangelio.

—Me gustaría ya no ser llamado el Grasoso. Me llamo Pablo Tichomirov. De aquí en adelante serviré a Dios y a la humanidad y, sin quejarme, aceptaré el castigo que determine la ley. Estamos ahora en sus manos.

Todos sus camaradas coincidieron con esta afirmación.

Muy emocionado, el procurador mandó que los siete criminales fuesen llevados a la cárcel y mantenidos en celdas separadas hasta haber terminado la investigación. Por lo tanto, los ex ladrones fueron retirados. El

procurador se quedó solo en su oficina con el capitán de policía. Por largo rato comentaron este acontecimiento extraordinario. Sabían que, por lo general, los criminales negaban su culpabilidad o la admitían sólo bajo la presión de evidencias irrefutables o si eran pescados en el acto. Estos hombres, en cambio, habían venido por su propia voluntad confesando todo. ¡Cuán grande debe ser el poder del evangelio para cambiar a los hombres de esta manera!

Después de que el capitán de policía se había retirado y de que el procurador había concluido sus horas de oficina, éste relató a su mujer la experiencia con los criminales. La sorpresa de ella también fue grande, y luego de reflexionar un poco, dijo:

—Uno de los ladrones que fue crucificado con Cristo también cambió, pero no pudo huir. Estos hombres, en cambio, no tenían necesidad de venir y entregarse; podrían haber seguido con su vida y quedarse escondidos en el bosque. ¡Es sorprendente, un caso nunca visto en los anales de la justicia!

Al anoecer ni el procurador ni su mujer aún se habían podido calmar. Él le preguntó a ella:

—¿Qué opinas Tania? ¿No deberíamos leer el Nuevo Testamento nosotros también? Quizá podríamos encontrar lo que ha obrado de tal manera en estos hombres. Casi ni conocemos el libro.

—Yo ya lo leí. No entiendo qué pudo haber sido lo que obró de tal manera en esos ladrones, —le respondió Tania con desdén.

El procurador, que se llamaba Juri Nikolajevitch, se levantó y fue a la biblioteca en busca de un Nuevo Testamento. Su esposa se apresuró hacia la cocina para dar órdenes para la cena. Él se puso los lentes, abrió el Nuevo Testamento y empezó a hojearlo. Le llamó la atención Juan 12, y comenzó a leerlo. Mientras leía, coincidió con la acción de María quien usó el costoso aceite para ungir a Cristo. A la vez, desde el punto de vista de un miembro de un jurado, no pudo menos que condenar al ladrón secreto, Judas. Juzgaba las obras malignas del traidor a la luz de los códigos pertinentes de la ley. El abogado siguió leyendo. Estaba atónito ante la omnipotencia de Cristo al resucitar a Lázaro, cuyo cuerpo ya estaba en estado de descomposición. Se maravilló por la incredulidad de los escribas, quienes habían sido testigos de estos prodigios jamás vistos. Pensativamente reflexionó en el grano de trigo que primero tiene que morir antes de poder dar fruto; pero aun así no alcanzaba a comprender el verdadero significado de la parábola. Sin embargo, cuando llegó a las palabras “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos traeré a mi mismo” (Juan 12:32), sintió repentinamente como si Aquel crucificado se hubiera acercado a él. Sintió una luz en su alma y un anhelo por la cruz de la cual habían brotado las palabras grandiosas: “¡Consumado es!”. Se preguntaba si aquello sería el poder que había atraído a Tichomirov, pero se apoderó de él cierto temor al leer al final del capítulo las palabras: “El que me desecha, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero” (v. 48). Entonces comprendió la razón por la cual los ladrones habían dejado su nefasta actividad.

En ese momento vino de la cocina su mujer y le preguntó:

—¿En qué piensas? ¿Qué te ha perturbado tanto?

Él empezó a explicarle, pero no pudo encontrar las palabras apropiadas para tan insólito tema, y ella no pudo entender nada.

Esa noche, Juri Nikolajevitch no pudo dormir. En cuanto cerró los ojos, escuchó estas palabras: “La palabra que he hablado, ella le juzgará...” Le parecía que los párrafos de la ley lo condenaban a él, el procurador del distrito, por todas las maldades cometidas en su vida, y buscaba y pedía un abogado y no hallaba ninguno. Al final cayó en un sueño liviano e intranquilo que no le dio descanso. En la mañana le contó a su esposa lo sucedido durante la noche. Ella culpó su problema a su trabajo agotador y a sus nervios. Cuando él le manifestó que había decidido dejar su puesto, ella quedó en shock y temió que él hubiera perdido la razón. Pero él se mantuvo firme en su resolución. Le era evidente que el Hijo de Dios, levantado en la cruz, lo estaba llamando a él, el procurador del distrito, a sí mismo para ser su Salvador personal.

Pablo Tichomirov y sus camaradas fueron puestos en celdas separadas. Todos los jueces que participaron en el interrogatorio y que escucharon a los ladrones, se admiraron del paso que habían tomado. Estaban especialmente sorprendidos por el hecho de que estos hombres habían sido transformados mediante la influencia exclusiva del evangelio. El gran poder del Libro de Dios es manifestado de esta manera en cualquiera que se acerque al Señor con sencillez de corazón y un auténtico deseo de conocer la verdad. El cambio en los ladrones, la inexplicable renuncia del procurador del distrito y la petición del sacerdote de que los ex criminales fueran aislados de los

demás prisioneros porque estaban engañando y desviando a los otros internos para que aceptasen la fe de ellos — todos estos acontecimientos pronto llegaron a ser la comidilla del pueblo.

La llama del evangelio se encendió en cada celda. Muchos de los prisioneros y hasta algunos de los guardias se memorizaron la mayor parte de los capítulos 12 y 16 de Los Hechos de los Apóstoles porque estaban tan impresionados con ellos.

Un año después, los siete ladrones comparecieron ante el tribunal de justicia. Debido a la confesión voluntaria de los hombres, no hubo necesidad de que el procurador enfatizara su culpabilidad. El procurador anterior, ahora abogado de los acusados, rogó que se les tuviera misericordia puesto que ellos habían confesado voluntariamente y querían vivir una vida honesta. No obstante, los reos fueron condenados a diez años de trabajo forzado. Humildemente aceptaron el fallo, comprendiendo que lo merecían y, en consecuencia, no apelaron el veredicto. El juicio fue público. Cuando a los acusados se les permitió tener la última palabra, cada uno expresó sencillamente su arrepentimiento por haber hecho tanto mal a otros por tantos años, y cada uno habló del efecto del evangelio en su vida interior. Muchos de los que los escucharon se sintieron conmovidos; la semilla de la Palabra de Dios empezó a tomar raíz en muchos corazones.

Después del juicio, los condenados fueron despachados uno por uno a distintos lugares, menos Tichomirov y Solojev, quienes fueron asignados a la misma cárcel. Al despedirse, se prometieron unos a otros permanecer honestos y fieles al Señor y a contarles a otros acerca del amor del Señor, sean cuales fueren las condiciones que les tocara. Tichomirov y Solojev fueron mandados a un distrito pasando el lago de Baikal. En todas las prisiones de traslado en las que tuvieron que hacer escala, relataban su salvación por medio del evangelio y hablaban del amor de Dios hacia todo pecador. En todas partes hallaban quienes escuchaban su sencillo testimonio y lo guardaban en su corazón.

Rumbo al exilio, Tichomirov buscaba por todos lados alguna señal de los emigrantes del estado de Mogilev, con la esperanza de saber algo acerca de sus paisanos y, en particular, si su hermana aún vivía. Todas las cartas que había mandado a su pueblo natal habían quedado sin contestación. Cuántas veces pensaba en su hermana querida. Cómo le hubiera gustado contarle a ella todas sus experiencias y acerca de su conversión de las obras de la muerte a la esperanza de vida eterna en Cristo.

También entre los condenados a trabajos forzados, suerte que ahora ellos compartían, encontraron quienes escuchaban la Palabra viviente con vivo interés. Después de un tiempo, varios se entregaron al Señor. En menos de dos años, aun los encargados de la prisión notaban que los convictos, usualmente indomables, se habían calmado y que el comportamiento de algunos hasta era intachable.

Después de varios años, como parte de unos festejos nacionales, se concedió una amnistía a muchos, por lo que Pablo Tichomirov y Jorge Solovjev recobraron su libertad. Despidiéndose de los convictos ahora creyentes, encomendaron a sus hijos espirituales a Dios. Todos lloraron al decirse adiós.

Tichomirov y Solovjev empezaron su viaje a pie hacia Irkutsk-Tomsk. Su más ardiente deseo era poder volver a la Rusia europea y a sus pueblos, de los cuales aún tenían vagos recuerdos. Todos los que se encontraban en camino o en las posadas se interesaban por ellos, y les preguntaban quiénes eran, de dónde venían y para dónde iban. Todos se conmovían profundamente por la historia de la vida de los ex criminales, y se despertó en el corazón de muchos el deseo de servir al Señor. En muchas de las colonias hallaron hermanos creyentes con los cuales pasaban las tardes conversando sobre su fe y leyendo la Palabra de Dios. Los creyentes se regocijaban por el triunfo del evangelio manifestado en la conversión de aquellos pecadores perdidos, y glorificaban el nombre del Señor. En uno de los poblados donde pasaron un domingo y testificaron a una gran congregación acerca de su vida anterior y su conversión, comenzó un gran avivamiento. Muchas almas acudieron al Señor. Esto fue causa de gran júbilo.

Al principio de la primavera, cuando toda la naturaleza renace después del largo invierno, los pájaros migratorios vuelan en grandes parvadas hacia sus hogares del año anterior donde en el otoño dejaron sus nidos. Tichomirov y Solovjev también se apresuraron hacia sus pueblos natales, sin saber si sus casas habrían sido destruidas. En su camino, se habían mantenido cerca de las vías ferroviarias. En vano Tichomirov trató de recordar el nombre de la estación donde había perdido a sus padres y a su hermana. Le hubiera gustado ver una vez más el montón de paredes de nieve a cuya sombra había pasado por tanto dolor y desgracia en su niñez. Al recordar su experiencia, las lágrimas corrían por sus mejillas, y exclamaba:

—¡Oh mis queridos, todos ustedes me han abandonado, y ahora tengo que vagar solo por este mundo tan grande!

Pero luego recordaba que tampoco el Hijo de Dios había tenido un lugar para cobijarse en este mundo; aun entre los suyos había estado muy solo.

Cierto día al anochecer, los viajeros se acercaron a una pequeña aldea situada a orillas de un río no muy lejos del ferrocarril. Al tomar una de las calles, preguntaron:

—¿Hay creyentes aquí?

Les señalaron una casita aseada y pequeña entre altos pinos. Al acercarse, vieron dos niños jugando en la puerta de la casa y, en el patio, a una mujer joven y bien vestida que estaba muy ocupada. No obstante, los saludó amablemente. Los hombres le dijeron que eran creyentes y pidieron posada. La joven bondadosamente les invitó a hospedarse en su casa, diciéndoles:

—Para los hermanos en Cristo siempre habrá un lugar.

A la vez llamó a su esposo quien trabajaba en la huerta. Él se acercó de inmediato y saludó cordialmente a los huéspedes. Conversó con ellos mientras su esposa se apresuraba a preparar el té. Antes de que el agua empezara a hervir dentro del samovar (especie de tetera rusa), ella había ordeñado dos vacas y había puesto la mesa. ¡Qué abundancia: grandes pedazos de mantequilla, dos o tres tipos de pastel, una jarra grande de leche cremosa, huevos duros y maravilloso pan blanco! ¡Qué gran espectáculo para los ojos de los hambrientos viajeros! La lámpara grande iluminaba el mantel blanco como la nieve y la tetera (samovar) silbaba alegremente.

La amable señora de la casa, con su delantal blanco bordado, se acercó a su esposo y le dijo:

—Pídeles a los hermanos que pasen a la mesa.

Se sentaron a la mesa repleta de comida y el esposo, cabeza del hogar, oró por los alimentos. Dio gracias al Señor por su amor, por cuidar de ellos, por los huéspedes, y le pidió que los mantuviera en la fe y que bendijera la comida. Era la primera vez en su vida que Tichomirov se sentaba a un banquete tal, rodeado de una familia tan hospitalaria y tan generosa. Su corazón rebosaba de júbilo. Los niños, un varón y una niña, también ocupaban sus lugares en la mesa y escuchaban atentamente la conversación.

Al ser llamado a cenar, Tichomirov tuvo que interrumpir el relato de su vida precisamente donde los ladrones del bosque empezaron a leer el Nuevo Testamento que le habían quitado a los que habían asesinado. Siguió su relato cuando el padre de familia le pidió que lo hiciera. Describió con palabras gráficas cómo el evangelio entró a su propio corazón y al de su compañero; cómo se arrepintieron de sus delitos, decidieron cambiar su manera de vivir y se entregaron a las autoridades. Contó cómo el procurador del distrito se había convertido y cómo ellos habían sido sentenciados. Siguió contándoles de su paso por las prisiones de traslado y de los años que pasó haciendo trabajos forzados hasta haber recibido su amnistía.

Los anfitriones no podían quitar sus ojos del narrador, la señora se secaba las lágrimas de las mejillas tratando de disimularlas.

Durante la narración el tiempo pasó volando hasta que el reloj anunció sonoramente la medianoche. Todos se hincaron y le dieron gracias a Dios por su maravillosa gracia en la salvación de pecadores perdidos. Cuando se levantó la señora, muy conmovida preguntó:

—Pero ahora, ¿a dónde quieren ir?

—Nos hemos propuesto regresar a nuestros pueblos, —contestó Tichomirov.

—¿Aún tienen familiares allí? —continuó ella.

—Solojev aún tiene a su madre creyente que vive en el estado de Kiev. Yo no tengo a nadie, ni madre ni padre. Simplemente voy en busca del lugar de mi infancia, mi pueblo en el estado de Mogilev. Sobre todo, tengo el gran deseo de contarles a mis paisanos de Cristo y de su gran amor por ellos.

—¿Hace mucho que perdió a sus padres? —siguió la anfitriona. —Perdí a mis padres cuando tenía ocho años; los perdí en Siberia durante nuestro viaje para radicarnos allí. Mi padre murió dos días antes de la muerte de mi madre.

La mujer se tomó fuertemente de la mesa con ambas manos inclinándose hacia adelante, mirando intensamente a Tichomirov. El esposo la miró sorprendido, y no podía entender por qué ella interrogaba a su huésped tan detalladamente en lugar de ir a preparar las camas para la noche. Tichomirov continuó:

—Mi hermana y yo quedamos huérfanos; ella era algo mayor que yo. El día después de la muerte de mamá nos separaron. Hasta ahora no sé que ha sido de ella. Seguramente debe haber perecido como tantos otros niños de

emigrantes, a causa de las condiciones imposibles de aquella vida. Ella era una buena niña, y me cuidaba como si fuera mi madre.

Diciendo esto, Tichomirov se echó a llorar.

Pálida como la muerte, con lágrimas cubriendo su rostro, la señora exclamó:

—¿Será posible que seas tú, mi querido hermano, Pasha? Dímelo pronto; mi corazón me dice que eres tú.

—¡Shura! ¿De veras eres tú? ¡Tú, mi ángel, mi querida! —le respondió Tichomirov llorando como un niño.

—¡Sí, querido, soy yo; soy tu hermana! ¡Cuánto te ha añorado mi corazón!

Los hermanos se abrazaron besándose y llorando. Luego Tichomirov extendió sus brazos a los niños quienes, llorando, observaban a su madre. Besó a los niños y al esposo de su hermana.

Aun Solovjev participó de aquel gozo y se conmovió profundamente ante el inesperado encuentro de la hermana y el hermano. ¡Cuánto júbilo había! Shura estaba tan emocionada que no sabía qué hacer primero. Una y otra vez se acercaba a Pasha, lo abrazaba y decía:

—¿En verdad eres tú, mi hermano? ¿De veras te estoy viendo? ¡Oh, qué gozo! Cuando te acercabas a la casa me daba la impresión de que yo había encontrado algo valioso; mi corazón estaba lleno de un regocijo inexplicable. No sabía qué lo producía. Yo estaba preparada para darte refrigerio y alojamiento. Después de toda la angustia que he pasado, siempre estoy dispuesta a ayudar a un necesitado, pero en tu caso mi corazón deseaba hacerlo especialmente. Ahora ya sé por qué. Era mi hermano querido quien venía a mí después de veinte años sin vernos. ¡Qué dicha! Se arrodillaron nuevamente y alabaron a Dios con un fervor como nunca. Hasta la hijita de cinco años de Shura oró:

—¡Querido Salvador, te doy gracias que nos has traído al tío Pasha!

Todos lloraron, y Alejandro Vasiljevitch dio gracias a Dios por el valioso regalo que Dios le había dado a su esposa.

Ya eran las tres de la mañana, pero ninguno se había retirado a dormir, ni siquiera los niños. Una vez más tomaron té, y siguieron conversando. Al fin, poco antes del amanecer se acostaron habiéndose encomendado al cuidado de Dios. Por todo lo sucedido aquella noche les costó conciliar el sueño. Pasha soñó de cómo les había leído el evangelio a sus camaradas ladrones en el bosque y cómo se había despedido de ellos. Soñó del procurador, el juicio, el traslado de los presos y de los trabajos forzados. Cuando despertó y se convenció de que sólo había estado soñando, le dio gracias a Dios una vez más por lo que había hecho. Al tomar el té de la mañana volvió a expresar su asombro y admiración por la maravillosa gracia de Dios al cuidarlos cuando quedaron huérfanos.

Shura le pidió que volviera a contar sus experiencias desde el momento que dejaron las paredes de nieve en la estación de ferrocarril. Ella misma había sufrido mucho en las barracas de las niñas y había permanecido allí hasta ya casi pasado el otoño. Al principio del otoño, como no había calefacción en las barracas, hubo una epidemia y las niñas habían muerto por docenas. Luego la buena gente de las aldeas vecinas habían venido y se habían llevado a las niñas para evitar que se congelaran. A Shura se la había llevado una viuda de escasos recursos pero creyente quien tenía cuatro hijos propios. Shura había pasado el invierno con la que empezó a llamar tía Dunja (un apodo para Eudoxia) en su pequeña choza con techo de paja y barro. Allí Shura tenía suficiente de comer. La tía Dunja solía leer el Nuevo Testamento y orar con los niños. En esa comunidad había una escuela a la cual asistía Shura, estudiando diligentemente. Le gustaba mucho leer, especialmente el Nuevo Testamento. A los 14 años había conocido la gracia de la salvación y había pedido el bautismo, por el cual fue recibida como miembro de la congregación.

Pasaron cuatro años. Shura ya era una jovencita. Tenía fama de ser trabajadora, y era la mejor cantante del coro. Todos la querían. Jamás se les hubiera ocurrido que no era hija de la tía Dunja. Ellas se amaban mucho. El coro de la aldea frecuentaba las aldeas y los pueblos vecinos para testificar del Señor. Cierta vez, el coro decidió visitar el pueblo donde Shura vivía ahora con su esposo e hijos. Allí el Señor les había bendecido ricamente. Por la influencia de los mensajes espirituales del predicador quien había acompañado al coro y por el cantar maravilloso, varias personas se habían entregado a Dios, entre ellos un joven tenedor de libros, empleado de una casa de negocios. Al año, él y Shura habían contraído matrimonio, y desde entonces habían vivido juntos y en armonía. Habían sido bendecidos con dos hijos.

Cuando Shura había terminado su historia, le recordó a Pasha como él se había querido arrojar al paso del tren después de la muerte de sus padres, y cómo ella lo había convencido de no tomar aquel paso tan desesperado, diciéndole: “No pierdas las esperanzas, querido; Dios no se olvidará de nosotros.” Ahora Pasha y Shura recordaron

las palabras del salmista: “Cantad a Dios, cantad salmos a su nombre: Ensalzad al que sube sobre los cielos, es Jah su nombre, y alegraos delante de él. Padre de huérfanos y defensor de viudas, es Dios en la morada de su santuario: el Dios que hace habitar en familia los solos” (Salmo 68:4-6). Y nuevamente alabaron a Dios.

Shura aprobaba la intención de su hermano de regresar al pueblo de su niñez para llamar a sus familiares y conocidos a Cristo. Ella quería acompañarlo en su viaje, y ayudarle en su trabajo con las almas perdidas. Su esposo estuvo totalmente de acuerdo con el plan, y prometió cuidar al niño mientras Shura se llevaba a la niña. Además, les dio el dinero necesario para el viaje.

Tres días después, los hermanos iban camino a la Rusia europea. Con Solovjev, pasaron por Samara, Saratov, Pensa, Voronesh, Kursk y Kiev; en la última de estas ciudades Solovjev se despidió de Pasha y Shura para ir a su aldea con la esperanza de regresar a ellos después de ver a su madre. Los hermanos siguieron su viaje al estado de Mogilev para al fin llegar a su destino en Sosnovka.

Al llegar y preguntar por la familia Tichomirov, hallaron a dos hermanos de su padre, dos tías y unos parientes lejanos. Todos se sorprendieron con la aparición de Shura y Pasha pues habían oído que habían perecido después de la muerte de sus padres antes de llegar a su destino. Todos los recibieron como huéspedes bienvenidos.

Al poco tiempo se enteraron de que sus parientes jóvenes eran evangelistas quienes se negaban a festejar con bebidas alcohólicas el gozo de volver a verse porque no lo consideraban correcto para los cristianos.

—¿Pero por qué no? —preguntaban los vecinos de la aldea—. ¿Acaso no somos cristianos también? Sin embargo, nosotros tomamos licor cada vez que tenemos la oportunidad.

Tales preguntas usualmente comenzaban un diálogo que luego terminaba con la lectura de la Palabra de Dios. El relato de cómo Pasha había hallado nueva vida en Cristo causaba gran impresión en todos. Casi todas las noches los vecinos de Sosnovka se reunían en casa de Tichomirov para oír la Palabra de Dios. Gradualmente la verdad del evangelio derribó todas las barreras de los viejos prejuicios de su práctica religiosa puramente externa. Muchos aceptaron a Cristo como su Salvador personal, y decidieron dedicar sus vidas totalmente a él.

Pero al poco tiempo sufrieron otra prueba. Los sacerdotes, perturbados por lo que estaba pasando, agitaron a la policía de todo el distrito, insistiendo que el convicto había venido y socavado el fundamento de la fe ortodoxa del pueblo. Decían que si las autoridades no lo apresaban, aun el fundamento del estado peligraría por la nueva enseñanza. Cierta noche apareció un policía en la casa de Tichomirov, y lo llevó ante el jefe de policía. A la mañana siguiente, aparecieron el magistrado y el sacerdote para interrogarlo. Después del interrogatorio se le entabló juicio por proselitismo. Pasha fue llevado a la cárcel bajo guardia policiaca hasta la fecha del juicio.

Shura se afligió mucho por su hermano. Tuvo que regresar a Siberia sin poder volver a verlo porque era prohibido visitar a un arrestado antes del juicio. Después de unos días, Pasha le escribió la siguiente carta:

“Mi querida Shura: Te ruego que no te entristezcas por mi causa. Estoy muy contento de no estar en la cárcel por ladrón y ratero, sino por ser cristiano a fin de participar en los sufrimientos de mi Salvador. Me regocijo inmensamente en ello porque en la cárcel hay muchas almas perdidas sedientas de salvación a las cuales tengo el privilegio de llevar a Cristo. No desmayes, pero ora por mí. Te saludo a ti, a tu esposo y a los niños con un beso.”

Pasó un año antes del juicio; para entonces Pasha había estado ya en tres cárceles. En todas predicaba a Cristo y en todas partes los pecadores decidían seguir el camino de salvación. Pero los capellanes de las prisiones les pidieron a las autoridades que los librasen del hereje con el cual ya no podían vivir en paz. El tribunal condenó a Pasha al destierro en el estado de Jenisejek con el cargo de proselitismo de creyentes ortodoxos al “stundism” (creencia del evangelio). La investigación reveló que solamente en Sosnovka alrededor de cien personas habían dejado de ir al cura y de adorar santos.

Poco después de su condena, Pasha fue llevado otra vez por el camino de las prisiones de traslado a la comarca tan bien conocida por él: Siberia. Logró avisar a Shura y su esposo del tren en el cual pasaría por la estación de ferrocarril más cercana a ellos, y pudieron volver a verlo. Se les permitió saludarlo solamente entre las rejas de los vagones de prisioneros. Shura lloró porque sentía mucha lástima por su hermano, pero él la miró sonriendo. Con esto le hizo saber que él estaba contento de que se le permitiera sufrir por la causa de Cristo.

Pasaron dos años. La vida de Pasha durante este destierro reflejó en todo sentido la vida pura y santa de Cristo. En esto radicaba el éxito de su testimonio. Durante estos dos años, seguía en continua comunicación por carta con Shura y también con Solovjev. Éste le informó que él seguía en su aldea donde un grupo pequeño de cristianos evangélicos lo habían recibido con amor fraternal y que trabajaba entre ellos con gran bendición. Su madre aún

vivía y estaba muy feliz porque Dios había contestado sus oraciones salvando a su hijo. Ella llegaba al final de su vida contando con la compañía de su hijo quien ahora era un cristiano honrado y casto.

Después de terminar su tiempo de destierro, Pasha fue a la casa de su hermana, decidido a dedicar su vida entera a la salvación de los pecadores. No quería contraer matrimonio porque no quería que nada le quitara tiempo a la proclamación del evangelio que lo había cambiado a él y a muchos otros de una manera tan absoluta. Trabajó en la congregación del pueblo donde vivía Shura y también en otros pueblos de Siberia. Pero su casa permanente era con su hermana, para el júbilo también de su cuñado. Shura a menudo acompañaba a su hermano en sus viajes a las aldeas como su compañera de trabajo en la viña del Señor. La vida espiritual de las congregaciones progresaba.

Pasha escribió las siguientes palabras en la primera página del Nuevo Testamento que le había robado al creyente que había asesinado: “Perdóname en el nombre de Cristo, querido hermano. Te di muerte mientras yo mismo estaba muerto en mis pecados. El Señor me ha perdonado y me ha levantado a una vida nueva. Tu prematura muerte corporal fue el medio de guiarme a la vida eterna no sólo a mí, sino a muchos otros pecadores y homicidas. Tu Nuevo Testamento me ablandó el corazón como un arroyo de agua viva, apagó mi sed, y continúa fluyendo, despertando y dando vida a otras almas también. Por esto alabo y doy gracias a mi Dios. ¡Amén!”

Nota: En agradecimiento por la bendición obtenida mediante la lectura de esta biografía, se ha hecho el esfuerzo de traducirla para que otros pudieran recibir la bendición que viene de aceptar seria y sinceramente la Palabra de Dios. Recomendamos que el lector la lea varias veces, no sólo para conocer mejor los incidentes descritos, sino también para percibir mejor su condición ante los ojos de Dios. Este esfuerzo ha sido acompañado de la oración pidiendo que el que lo lea pueda escudriñar su propio corazón para ver si está a la altura de las normas de Dios.

